



Fábula

LOS PEREZOSOS Y EL MAR

Autora: Nancy Castro Araya



LOS PEREZOSOS Y EL MAR

Se arrastraba un perezoso atravesando la selva. Cruzaba dos, quizá tres ríos, para llegar a los guarumos cerca del mar. Dos o tres ríos, tal vez seis o más. Saberlo es imposible, porque el perezoso no sabía contar. Tenía en su rostro redondo unos bellos ojos que del todo no eran cubiertos por su antifaz y una sonrisa eterna, admirable y ensoñadora, envidia de algunos pizotes que sin frutas en las garras nunca serían capaces, como él, de sonreír a plenitud.

Era uno de los animales más solitarios, a pesar de su cálida simpatía. A nadie negaba jamás una sonrisa, ni siquiera al viento traicionero. Este bandido, aunque invisible, a veces agitaba las ramas a los guarumos y habría hecho caer al perezoso una, dos y hasta tres veces, quién sabe... él diría cuántas si supiera cómo hacerlo. Unos parásitos lo acompañaban ceñidos a su pelaje, pero él no los veía nunca y ellos pensaban que el perezoso era simplemente un cálido hogar donde la comida no se acababa y nunca se acabaría.

Un mono se burlaba de la lentitud propia de cada movimiento del perezoso.

Resuelto y vivaz, el mono bien que sabía contar no hasta dos ni hasta tres, ¡sino hasta diez! Y contaría hasta mil si supiera mientras veía al perezoso surcar la selva, porque era mucho el tiempo demorado. Carcajadas que inundaban el bosque soltaba el mono y eran como sonoros alaridos de trompeta en labios de quien intenta, por primera vez, algunas notas.

Ese mono había aprendido a contar hasta diez gracias al mar, quien tuvo la paciencia de enseñar al mono revoltoso cuántos dedos tenía. Fue difícil. Más difícil que enseñar a la gaviota que dos eran sus alas y enseñar al pulpo que si dejaba de agitar sus brazos por un rato, le sería más fácil contar hasta ocho, pues ocho eran sus extremidades. ¡Hermoso fue para el mar el momento cuando vio al pulpo desplegar apunando en ocho direcciones con la clara conciencia de lo que eso significaba! Y para el pulpo fue como si lo más profundo del océano, aquel fondo pleno de oscuridad y de seres indescriptibles, se iluminara por completo.

El mar se preguntaba si enseñarle a contar al perezoso sería tan difícil como lo fue

con los cangrejos. En aquel entonces no sabía el mar si avanzaban en sus conocimientos o retrocedían, pues los pasitos hacia atrás lo confundían. No quería el mar que esos pasos tiraran por la borda el gran progreso de los cangrejos, quienes ya eran conscientes de que eran dos sus ojos y dos sus tenazas. ¡Lindo festín hubo en la playa cuando los cangrejos lograron contar más de dos! Era un gusto verlos bailar levantando sus tenazas en el aire, produciendo con ellas un sonido de alegres castañuelas, como presumiendo al sol que ya comprendían lo que ayer no asimilaban.

¿Sería acaso tan difícil de enseñar al perezoso como al calamar inquieto, a pesar de ser tan distintos? El mar creía que al escurridizo animal sería casi imposible enseñarle a nadar entre los números. ¡Enseñarle algo a un calamar era un sueño! Las montañas no podrían, las nubes tampoco. ¡El reto era para el mar! El mar lo intentó, sin duda, pero se dio cuenta de que el calamar aún no estaba listo para aprender. Para el calamar llegará el día, aún cree el mar, en que cese de agitar las profundidades con su rebeldía y pueda contar sus pequeños tentáculos. Tal vez suceda cuando madure un poco más y esté

dispuesto, porque el mar lo espera para enseñarle también, como a todos, el arte de contar al ritmo de sus olas.

¿O sería el perezoso travieso y despistado como el pececillo plateado que se escapó un día del cardumen? ¡Cuánto temió el mar que terminara ese pez majadero lejos de los suyos o atrapado en la cruel transparencia de una medusa! Es fácil que un pez tan pequeño sea arrastrado por una corriente de esas mismas que desvían a los leones marinos y a las focas. El mar conocía bien los peligros de la naturaleza y por eso se preocupaba por los peces, los cangrejos, los calamares y hasta por los animales terrestres, como los monos y, por lo tanto, también por el perezoso.

Los guarumos le decían al mar que un perezoso nunca aprendería nada. Bastaba ver el tiempo demorado en digerir unas pocas de sus hojas, tan solo unas hojitas, sin saber cuántas, porque si supiera tal vez se atrevería a comer más.

¡Pero bien que sonreía al comer y eso no lo podían negar ni los guarumos ni los pizotes ni siquiera el mono atrevido!

El mar sintió el impulso, como cuando rompía contra las rocas, de acercarse su

sabia espuma al perezoso y enseñarle la magia de contar. Una nueva hazaña lograría si sus canciones, en donde nadan los números y los peces, fueran entonadas en la redonda cabecita de un perezoso. Sus olas llamaban al perezoso con una voz dulce, más dulce que la desembocadura de todos los ríos.

Fue así como una mañana calurosa el perezoso descendió de un guarumo y fue rumbo al mar para ver la ancha masa de agua iluminarse al reflejar los rayos del sol. Era el momento justo, pensó el mar, para enseñarle al perezoso a contar. La amplia sonrisa del perezoso le decía lo mucho que disfrutaba el suave ritmo con que contaba las olas frente a él. Muy lentamente, con la suave cadencia del agua en calma, el sabio mar contador de olas y de mil historias le mostró al animal la vital esencia de los números. No obstante, el perezoso se marchó al atardecer llevando a cuestas su sonrisa, sin contar ni siquiera hasta uno.

Un tiempo después volvió el perezoso. Esta vez fue de gran alegría para el mar ver el animal mirándole de frente, como esperando que le enseñara con el ritmo de las olas la sonoridad de los números entremezclados con la espuma. Esto lo

hacía en cada emancipación de las olas que ayudan hasta a los pelícanos tercios a contar. El perezoso contó hasta uno... ¡Una sola ola pudo abordar con sus ojos ocultos tras el antifaz! Un dedo pudo en el aire admirar: un dedo era una ola que en su mente ahora podía navegar para siempre. ¡Tan solo un número! Parecía simple para las tortugas porque ellas cuentan desde hace mucho y para cualquiera que ya sepa nadar entre los números, pero el mar conoce la fuerza del uno. ¡Si basta un solo huracán para arrancar las palmeras! ¡Solamente un sol calienta el mundo y sin él nada sería posible!

El perezoso, luego de muchas visitas a la playa, pudo contar hasta dos, gracias a una suave canción que compuso el mar hacía tiempo, una canción que basa su ritmo en un dúo espectacular de altas olas. La misma canción entonada para enseñar a muchas gaviotas sobre el poder de sus dos alas y los dos ojos con que desde el faro podían vigilar. Dos garritas del perezoso parecían centellear en el aire cuando pudo ver en ellas las dos olas del mar. Ya el perezoso había comprendido el secreto de poder contar.

Igual de alegre fue la tarde, después de muchas en la playa, cuando pudo el perezoso contar hasta tres, mientras ensanchaba su sonrisa, pues el mar le había ayudado a comprender una nueva canción maravillosa compuesta de una secuencia de tres sonoras y fuertes olas. Era la misma canción usada hacía un tiempo atrás para enseñarle a un pez payaso que tres eran las rayas blancas que surcaban su regordete cuerpo anaranjado. Las tres garras largas y filosas, dueñas de tres dedos peludos, desplegó esta vez el perezoso para mostrarle al mar que comprendía qué significaba el número tres. Agradecido se sintió el perezoso al ver sus tres dedos levantados frente al mar inmensamente satisfecho.

Sin embargo, el mar creyó encontrar al perezoso unas semanas después en la misma playa, despreocupado e inquieto. No parecía el mismo, porque el mar quiso llevarlo más allá del tres y su intento falló. Empezó a cantar la bella sinfonía de los cuatro confines de la tierra y de las cuatro barreras de corales más grandes de sus profundidades, ¡pero el perezoso no le prestaba el menor interés! ¡Ni hasta uno quiso contar!

Fue entonces cuando el mar, exaltado y ansioso esta vez, interpeló al perezoso con la voz estruendosa de una ola, pues no podía creer que el perezoso menospreciara de tal forma las hermosas lecciones compartidas, no solo con él, sino con todo ser que se acercara a su fuente inagotable de conocimiento:

- ¡Es imposible, perezoso, que usted ni un dedo quiera mover! ¿Dónde está puesta su mirada? ¿Por qué no escucha mis olas cuando le hablo? ¿Y dónde ha dejado su antifaz?

Este perezoso, asustado, con toda la rapidez que su paciente cuerpo le permitía, dio media vuelta y se escabulló rumbo a la parte alta de un guarumo lejos de la playa. Y el mar, más triste que nunca y arrepentido de haber espantado al perezoso, renegó contra sí mismo una y otra vez, mancillando la arena con los fuertes golpes de las olas, sin contar cuantas veces lo hacía, porque no tenía ganas de entonar canciones sobre números ni de contar cuántas espinas tenía un pez globo.

El mar estuvo molesto por varias semanas; no con el perezoso, sino consigo mismo. Nadie se percató de que había lágrimas

en su inmensa profundidad, pues claramente se confundían con las gotas saladas que lo inundaban. El gran maestro se sentía defraudado y culpable. ¿Cómo no pudo enseñarle al perezoso a contar? ¿Cómo se perdió en la nada el trío de números que a los dedos del perezoso se habían ya adherido? ¡Se supone que para siempre estaría ya con el perezoso el inagotable tres! Si se contaran los estruendosos reproches del mar, se conocería el infinito.

Sin embargo, llegó el día en que el mar sintió una inquietud que se tornó en fuerza, en anhelo fervoroso, creciente... ¡No podía quedarse así el perezoso, tirando al viento lo alcanzado! Entonces empezó a llamarlo con sus olas, sin cesar: "¡Perezoso, perezoso! Te espero para contar..." Era tan suave, tan calmada la voz de las olas... Sereno como un arroyo se puso el imponente mar. Ahora tenue era el oleaje, entregado al sueño de volver a enseñar.

Tan genuino fue el llamado del mar, que cuando se dio cuenta tenía frente a sí dos perezosos: uno de tres dedos, levantados estos para contar las tres gaviotas que sobrevolaban en ese momento, con

su antifaz bien puesto sobre sus ojos, por encima de su eterna sonrisa. ¡Era aquel! ¡El primero a quien había enseñado! Y estaba el otro al lado: el perezoso sin antifaz, el cual solo ostentaba dos dedos, aunque no lo comprendiera, pues aún no sabía contar. Todo se trataba de un tremendo enredo para el mar. Por fin se acabó la tempestad que atormentaba al mar dubitativo, quien resplandecía de nuevo, bajo el sol, listo para cantar las asombrosas melodías que depositan los números en las patas, garras, manos o alas de quienes estén listos para aprender.

El perezoso de tres dedos estaba sentado en la playa esperando aprender más. Mientras el perezoso de dos dedos había dejado un poco el miedo de aquel primer encuentro tan confuso con el mar, porque escuchó su voz suave, agitando con dulzura las algas del fondo, cantándole a su corazón que con él aprendería a contar hasta dos o quizás hasta más.

Quien educa con amor y perseverancia no debe dudar del valor de su enseñanza.